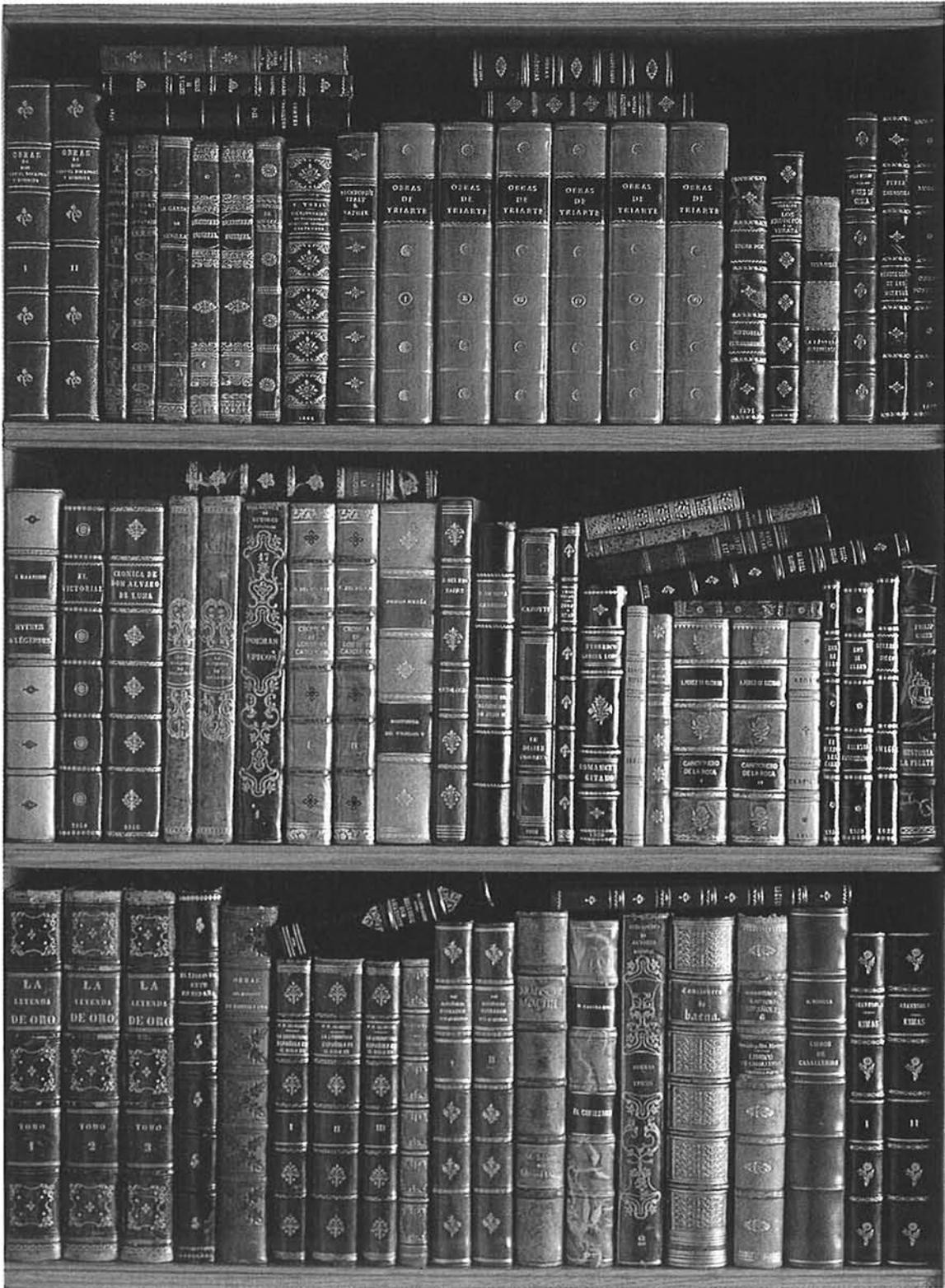


# BIBLIOTECA



## Martín de Riquer y el *Quijote*\*

En el presente tomo el maestro Martín de Riquer recoge una buena parte de sus estudios cervantinos, centrados en el *Quijote*. Tres textos conforman la parte sustancial de *Para leer a Cervantes*\*. El primero y más extenso es el que lleva como título «Aproximaciones al *Quijote*», cuya inicial redacción, mucho más sumaria, data de 1960. El segundo y el tercer textos vieron su luz primera en 1988 y 1989; son respectivamente: «Cervantes, Passamonte y Avellaneda» y «Cervantes en Barcelona». El denso tomo se completa con dos breves anexos: «Parapilla» y «Las armas en el *Quijote*».

En 1970, cuando el primer texto de *Para leer a Cervantes* vio la luz en la popular «Biblioteca básica de libros RTV», Dámaso Alonso decía en el prólogo a propósito de la *Aproximación* de Riquer, que es tanta la llaneza con la que el maestro catalán expone su sabiduría enciclopédica que «este libro, que por precisión y riqueza puede ser muy útil aun para los que se han preocupado por los problemas cervantinos, lo es también, ante todo, para los que llegan a la lectura sin más preparación que su inteligencia

y su deseo de conocimiento». Quizás es esta característica de la claridad precisa y rigurosa la mejor condición de esta «Summa cervantina». Característica consciente, pues Riquer le decía recientemente a Arcadi Espada (*El País Semanal*, 2-XI-03) que «cuando escribo no busco el lucimiento literario, sino transmitir unos conocimientos, unos descubrimientos, del modo más claro posible».

Al margen del indiscutible relieve que *Para leer a Cervantes* tiene para los cervantistas (y del que esta reseña no se puede ocupar), quiero subrayar algunos aspectos que el lector no especializado del *Quijote* puede aprender en las páginas de este libro. El primero atañe al discurso del relato, el estilo: «Nos damos cuenta de que el escritor está constantemente a nuestro lado, y nos habla de su propio libro, de sus defectos, de su labor de novelista y de él mismo», escribe Riquer, quien a menudo ha comentado que Cervantes le va dando al lector como codazos. Naturalmente este procedimiento insólitamente moderno lo lleva a sus límites en la segunda parte, donde Cervantes juega un juego genial: «Cervantes ha llegado a dominar de tal suerte la técnica novelesca que es capaz de hacer de la primera parte de su propio libro (publicada en 1605) un elemento novelesco de la segunda (aparecida en 1615)». Este aspecto proyecta la obra cervantina en los quehaceres

\* Editorial El Acantilado, Barcelona, 2003.

literarios de Unamuno, Pirandello y otros escritores del siglo XX.

El segundo es el humanismo cervantino. Humanismo que se combina con la ironía, en ocasiones, y con lo cómico, de modo constante. Riquer advierte cómo la primera parte del *Quijote* –descontando las novelas intercaladas– está estructurada por un humorismo paródico, mientras el tomo de 1615, pese a que Cervantes «está en la miseria, ha padecido desdichas de toda suerte en la guerra, en el cautiverio, en su propio hogar, y ha recibido humillaciones y burlas en el cruel ambiente literario», el humorismo sigue latiendo y escondiendo la amargura y los desengaños que le envuelven.

El tercer aspecto es el interés por la literatura que Cervantes lleva al *Quijote*. Ciertamente Cervantes escribe para «discretos», para lectores que como el hidalgo protagonista de la novela han perdido el juicio leyendo libros de caballerías y para lectores que conocen los problemas de las *Poéticas* de la época. «En diversos pasajes de la novela se hace crítica literaria y se habla de libros: en los dos prólogos, en el escrutinio (I, 6), en el diálogo entre el cura y el canónigo (I, 48), en la conversación con el hijo del Caballero del Verde Gabán (II, 18), y en infinidad de ocasiones marginales». Y advertida esta continua presencia de la actualidad literaria en la novela, a menudo en clara concordancia

con lo que sostenían los moralistas de estirpe erasmiana, también hay que subrayar que el genio cervantino supo saltar las bardas del corral de lo particular y lo transitorio, para conferir suficiencia crítica y valor ético a su creación artística.

Pero, el cuarto aspecto en el que nos vamos a detener es, quizás, el que más continuamente fluye del *Quijote* y de la lectura de Riquer. El *Quijote* es la mejor prueba de lo bien que conocía Cervantes la sociedad, en cuyo contacto (no debe olvidarse su trabajo como recaudador de contribuciones) catalizó su instinto de la lengua. En el fondo, como Riquer señala: «En el *Quijote*, Cervantes recoge la experiencia de los recuerdos de su vida». Experiencia y memoria de la vida son sin duda dos sumandos esenciales del libro cervantino.

El lector no especialista y los estudiosos cervantinos gozarán y aprenderán con la lectura del capítulo «Cervantes ante la crítica». Partiendo de una afirmación incuestionable –«Cervantes es un escritor cuyo prestigio jamás ha conocido eclipses. Nunca ha sido necesario reivindicar a Cervantes, ni redescubrirlo»–, Riquer somete a lúcido escrutinio las ediciones y los principales estudios cervantinos. En el apartado de las ediciones, mantiene que la edición de las *Obras completas* de Cervantes que Rodolfo Schevill inició con Adolfo Bonilla y San Martín en 1914 es la fundamental: